

## CALAVERAS EN EL ARTE MEXICANO

### GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE

LA REPRESENTACIÓN gráfica de las calaveras no puede desligarse de las manifestaciones del concepto de la muerte, ya que la una nos lleva al conocimiento de la otra. El tema de la calavera-muerte ha tenido, a través de la historia del arte mexicano, diversas concepciones plásticas, producto del proceso histórico de México, en el periodo prehispánico, en la tradición medieval representada en la época colonial y en la era moderna, en la que José Guadalupe Posada tuvo un papel trascendental.

En el México precolombino las culturas mesoamericanas hicieron de la muerte una constante representación plástica cuyo símbolo fue la calavera, representada en los códices, pinturas murales, piedras, cerámica y en el tzompantli que describe Bernal Díaz del Castillo:

Pasamos adelante del patio, y vamos a otro cu donde era enterramiento de grandes señores mexicanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre y humo, y tenían otras puertas y figuras del infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras y zancarrones, puesto con gran concierto, que podían ver mas no se podrían contar, porque eran muchas, y las calaveras por si los zacarrones en otros rimeros...<sup>1</sup>

Esas representaciones tuvieron para los indígenas un concepto dialéctico entre la vida y la muerte, expresado en forma de dualidad. El hombre del mundo prehispánico no tenía temor por el más allá ni preocupación por la muerte, vivía con la idea de la supervivencia del alma, incluso la

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1976, p. 176.

muerte fue siempre para ellos una recompensa, como lo afirma fray Bernardino de Sahagún:

Decían los antiguos que cuando morían los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir casi despertando de un sueño y se volvían en espíritus o dioses y cuando alguno moría, de él solían decir Teotl.<sup>2</sup>

El hombre prehispánico concebía la muerte como un suceso más de un ciclo constante expresado en leyendas y mitos. La Leyenda de los Soles nos habla de esos ciclos, que son otros eslabones de ese devenir, de la lucha entre la noche y el día, entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Es el que nos lleva a alimentar al sol para que no detenga su marcha y el porqué de la sangre como elemento vital, generador de movimiento. Es la muerte como germen de vida.<sup>3</sup>

El concepto de muerte que se tuvo en el México prehispánico se convirtió en contrapunto del concepto y representación de la muerte en el mundo colonial.

El triunfo de la muerte para la Europa de los siglos XIV al XVIII fue un tema popular que se manifestó repetidas veces en las artes plásticas, en la literatura, en el teatro, por mencionar sólo algunas de esas expresiones artísticas. La muerte se representó con vida en forma de esqueleto, con la guadaña en la mano sobre su carreta triunfal. Se proclamó dueña de todas las vidas, sin distinción de clase arrasó a nobles y plebeyos, y el hombre, temiendo o anhelando el juicio final, tuvo siempre presente la gloria o el infierno.

De acuerdo con este concepto, los evangelizadores del siglo XVI llegaron a la Nueva España e impusieron el Cristianismo, religión que hace de la vida lo pasajero y de la muerte la liberación y principio de vida eterna. Un ejemplo:

<sup>2</sup> Citado por Paul Westheim, *La calavera*, México, Era, 1971, p. 29.

<sup>3</sup> Cf. Salvador Elizondo, *et al.*, *La muerte, expresiones mexicanas de un enigma*, México, UNAM, 1975, p. 16.

"las piras funerarias mexicanas fueron en general un trasunto de las españolas, inspiradas en los grabados e impresos que llegaban a la Nueva España".<sup>4</sup>

Una muestra de piras mexicanas la tenemos en la región de Coatepec, Puebla, erigida en 1701 en memoria de Carlos II, y otra, en la de María Braganza, levantada en Oaxaca en el año de 1759 para dar consuelos funerarios al rey Fernando VI por el fallecimiento de su esposa. En ambas piras la muerte, representada en forma de escultura, lleva corona real y ocupa un sitio central preponderante.

De igual manera se ve cómo aparece siempre la calavera al pie de la cruz en el arte barroco:

Todo canto a la muerte en el mundo barroco es un canto a la vida eterna. Al pie de la cruz aparece siempre la calavera. Referencia al monte Calvario, referencia al triunfo sobre la acechanza omnipresente de la muerte, por la muerte del hombre en el sacrificio de la redención.<sup>5</sup>

La concepción calavera-muerte ha sido una expresión que posee antecedentes del mundo prehispánico junto a la influencia del medioevo europeo a través de la conquista española. Ambos elementos, fusionados, han trascendido hasta el México contemporáneo por medio de tradiciones que poseen un carácter eminentemente popular; uno de ellos es el culto en ciertos lugares de la provincia mexicana que se manifiesta que con gran arraigo y tradición, como en la isla de Janitzio, Michoacán, por citar un ejemplo.

La gran importancia del concepto popular que de la muerte tiene el mexicano es una mezcla de llanto, juego, burla y temor; es símbolo del dolor que representa lo fugaz de la existencia, así como sinónimo del no ser, alzándose

<sup>4</sup> Francisco de la Maza, *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México*, México, UNAM, 1953, p. 35.

<sup>5</sup> Jorge Alberto Manrique, *La muerte... expresiones*, p. 4.

sobre nosotros con una fuerza que no está a nuestro alcance detener, como algo forzoso y necesario, incluso se ha dicho que en el momento de nacer comenzamos a morir.

La muerte representada por la calavera ha sido asimilada por el pueblo en diferentes formas: los cráneos de azúcar o chocolate entre los que afanosamente la gente busca el que lleva su nombre, para comer con agrado su propia calavera.

De igual manera no puede faltar para el 2 de noviembre el famoso *pan de muerto*, que representado en forma un tanto abstracta hace recordar las articulaciones óseas, los huesos del cuerpo humano.

Se puede afirmar que en general el mexicano desde su infancia ha estado familiarizado de una u otra manera con la representación de la calavera. Sin embargo, a la muerte, y por ende a la calavera, se les ha dado un significado universal de terror y misterio, de ahí que el pueblo mexicano haya creado un sinnúmero de cuentos y leyendas con base en dichas imágenes que, no obstante, tienen influencia europea, ya que en su mayoría datan de la época colonial:

La Llorona, era a veces una joven enamorada que había muerto en vísperas de casarse y traía al novio la corona de rosas blancas que no llegó a ceñirse; era otras veces la viuda que venía a llorar a sus tiernos huérfanos; ya la esposa muerta en ausencia del marido a quien venía a traer el ósculo de despedida que no pudo darle en su agonía; ya la desgraciada mujer, vilmente asesinada por el celoso cónyuge, que se aparecía para lamentar su fin desgraciado y protestar su inocencia.<sup>6</sup>

La calavera también ha servido al artista mexicano para hacer crítica social y política:

Se hizo tan insoportable a fines del siglo XVIII la erudición pedante y la ridiculez de las metáforas, de

<sup>6</sup> Luis González Obregón, *Las calles de México*, México, Botas, 1972, p. 4.

las piras y de los panegíricos funerales, que comenzaron a aparecer satirizando funerariamente a los personajes políticos y a las gentes más populares que se conocían.<sup>7</sup>

Se adelantaba festivamente para los vivos el juicio *post mortem*, a manera de ofrenda el 2 de noviembre, día de los finados. Estos impresos reciben popularmente hasta hoy y desde entonces el nombre de *calaveras* y constan de la imagen caricaturesca de la persona y de su panegírico festivo, que en mofa de la tradición siempre debe ser consignado en verso.<sup>8</sup>

Algunos estudiosos del tema coinciden en que los artistas Constantino Escalante (1836-1868) y Santiago Hernández (1833-1908) fueron los primeros en litografiar figuras de calaveras, representaciones hechas con un enfoque y crítica de tipo político en el bisemanario *La Orquesta*. Sin embargo, se ha considerado a Manuel Manilla el primer caricaturista que grabó calaveras; éstas después habrían de alcanzar su plenitud con José Guadalupe Posada al enfatizar en ellas la vida costumbrista del siglo pasado y principios del XX, así como al personificarlas como seres altamente conocidos de la época.

Manuel Manilla (1830-¿1890?)

Trabajó como grabador en la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo y utilizó por primera vez el buril llamado velo, que tiene varios filos paralelos. Su producción consta aproximadamente de quinientos grabados, de los cuales ninguno está firmado por el autor. Su obra se considera diversa y magnífica.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Cf. Gabriel Fernández Ledezma. "El triunfo de la muerte", en *Artes de México*, México, INBA, nov. 1948, p. 16.

<sup>8</sup> *Loc. cit.*

<sup>9</sup> Jean Charlot fue el primero en dar noticia sobre Manuel Manilla por medio de datos que le fueron proporcionados por Blas Vanegas Arroyo, hijo del famoso impresor Antonio Vanegas Arroyo. Cf. Arsacio Vanegas Arroyo, "Manuel Manilla grabador mexicano", en *Forma*, vol. I, no. 2, México, nov-dic. 1926.

Grabó ilustraciones para corridos, cuentos, novelas, canciones, programas para circo y magia, juegos manuales, sucesos sensacionales y cotidianos como escenas de temblores, cárceles, prisioneros, condenados a morir fusilados, y otros. El grabador hace énfasis en la vida costumbrista de México. También realizó retratos de héroes nacionales, como Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón. Gran parte de sus estampas están dedicadas a temas de tipo religioso, así como a la representación de figuras malignas como *La carátula del Brujo Verde*, y entre los personajes que ilustra en esa carátula se encuentran diablos y sapos a los cuales les da movimiento, elasticidad lineal y mucha gracia.

#### Las Calaveras de Manuel Manilla

Manuel Manilla grabó las calaveras para que se publicaran en las famosas hojas volantes:

También en México, durante la Colonia, se publicaron, con otros nombres, algunos de estos ocasionales bajo la forma de hojas volantes, *los canards* franceses, que se voceaban por las calles en gritos que a muchos parecieron semejantes al graznar de los patos, de ahí, según algunos investigadores, el extraño nombre de *canard* que aún se da a la noticia sensacional. Tiene en común a las hojas volantes los títulos sensacionales, los grabados de grandes dimensiones, la tipografía espectacular y el relato pormenorizado y crudo, la intención moralizante y los vicios que todo lo resumen, en tono grandilocuente y sentimental.<sup>10</sup>

Las hojas volantes, publicaciones que consistían en una hoja impresa por los dos lados, no se imprimían diariamente, sólo cuando los sucesos de interés lo imponían, más las que

<sup>10</sup> Cf. Antonio Rodríguez, *Posada, el artista que retrató a una época*, México, Editorial Domes, 1977, p. 17.

aparecían en la festividad del día de muertos. Sobre las calaveras de Manilla se afirma lo siguiente:

Las calaveras de Manuel Manilla son creación personal del lenguaje plástico, donde los volúmenes blancos y negros contrastan con energía, llegando su obra al corazón sencillo del pueblo mexicano.<sup>11</sup>

La realización caricaturesca de las calaveras de Manuel Manilla a nivel formal se manifiesta con mayor rigor en la temática y composición que en el dibujo por sí mismo, ya que éste es rígido y primitivo. Entre la producción de sus calaveras se encuentran las siguientes: *Aprendiz de todo oficial de nada*, *El toro embolado*, *Calavera Poncianista*, *Hércules en la lucha con la muerte* y *La Torre Eiffel*.

Si José Guadalupe Posada conoció a Manuel Manilla fue tal vez en el taller tipográfico de Antonio Vanegas Arroyo y es muy probable que haya recibido de él cierta influencia en cuanto a la realización de las calaveras, así como en la forma, expresión y movimiento de los personajes ilustrados por Manilla.

El embrión de la obra de Posada se encuentra entre los grabadores populares, principalmente Manilla. Este embrión cargado de posibilidades, lo va a recoger un artista excepcional intrínseco, José Guadalupe Posada.<sup>12</sup>

Aunque no hay noticias ciertas, es muy probable que Manilla y Posada hayan trabajado juntos desde 1888 o 1889, año en que José Guadalupe entró al taller de imprenta y

<sup>10</sup> Cf. Antonio Rodríguez, *Posada, el artista que retrató a una época*, México, Editorial Domes, 1977, p. 17.

<sup>11</sup> Carlos Macazaga Ramírez de Arellano, *Las calaveras vivientes de José Guadalupe Posada*, México, Editorial Cosmos, 1976, p. 86.

<sup>12</sup> Pablo Fernández Marcos, "El destino glorioso del grabador popular", en *Dominical*, suplemento de *El Nacional*, México, 24 de feb. 1952, p. 26.

litografía de Antonio Vanegas Arroyo; para entonces Manuel Manilla ya tenía mucho tiempo al servicio de la casa, allí ilustró durante diez años corridos y hojas volantes de las cuales algunas aparecen en forma de composiciones con los grabados de Posada.

No se sabe a ciencia cierta en que año murió Manuel Manilla, algunos autores afirman que dejó de trabajar para la casa de Vanegas Arroyo en 1892, y murió de tifo en 1895. Para otros, la muerte de Manilla sucedió en 1899. Sea el año que fuere la fecha de su muerte, lo importante es tener la noticia de la existencia de un artista de fuertes tendencias enraizadas en el ámbito popular de México, cuyo arte, salido de su inspiración, trascendió y fue recogido por otro artista comprometido con el pueblo de México: José Guadalupe Posada.

#### Las Calaveras de José Guadalupe Posada (1852-1913)

Siguiendo la tradición de Manuel Manilla, José Guadalupe Posada hizo grabados de calaveras para el 2 de noviembre, día de muertos.

Con Posada una vez más está presente la figura de la muerte en el mundo conceptual del mexicano; Posada recrea el símbolo y contrae con sus receptores la fascinación de la fantasía popular.

Las calaveras de Posada son la nota constante de la crítica del pueblo; esta crítica bien pudo ir dirigida al burgués de la sociedad que pregonaba el lema de *orden y progreso*, a los personajes del momento, los artistas, políticos, y en general a la vida costumbrista del México de su época.

En las calaveras de Posada han desaparecido de su imagen el misterio y el temor de las épocas feudales. Es la antítesis de lo pavoroso, pues causa, cuando no la satisfacción de hacer justicia, un inefable regocijo. Con sus calaveras hace Posada la crítica más aguda y mordaz, se sirve de la muerte para pintar muy a lo vivo



ese morbo de la sociedad decadente de su época, llega hasta la nuestra sin haber conseguido limpiarse de tanta escoria.<sup>13</sup>

Posada viste y hace actuar a la calavera según el mensaje que representa; de esta manera, vemos ejemplificar a personajes de la élite porfirista como *La calavera catrina o la calavera de un lagartijo*; o a las figuras de la Revolución como *La Coronela, La Calavera zapatista, La Calavera revolucionaria*.

Tampoco José Guadalupe pasa por alto el grabar a los curas, a los soldados y en general al pueblo dedicado a toda clase de oficios tan pintorescos como el herrero, el albañil, el carpintero, el zapatero y otros. Así también graba a las mujeres en el mercado: tortilleras, queseras, atoleras, tamaleras. Hasta los mismos vendedores de las hojas volantes de calaveras de la editorial de Vanegas Arroyo son motivo de inspiración para el grabador; lo expresa aquel grabado llamado *Rebumbio de calaveras*.

Al no detenerse ante ningún aspecto de la sociedad de su tiempo, a la que supo captar con verdadero realismo, es de suponerse que dicha sociedad se vio plenamente identificada con aquellas calaveras que poseen una mezcla de humorismo y sátira. El artista sitúa a las calaveras en un marco de escenas costumbristas como la parranda, la borrachera, las súplicas amorosas, los pleitos callejeros y de vecindades, las alegres fiestas donde se comen fritangas y se bebe pulque; todas ellas están dotadas de vida y movimiento, pues juegan al trompo, tocan la corneta, andan en bicicleta o bailan el jarabe tapatío.

Sin embargo, esas calaveras no fueron lo único que realizó Posada, ya que también salieron de sus manos las estampas inspiradas en comentarios populares de espantos y aparecidos: *La aparición del fantasma de Pachita la alfojarera o La confesión de un esqueleto*; este tipo de grabados hace referencia a lo fantástico en doble sentido. De igual manera, realizó un gran número de calaveras en carátulas de libros, como las

<sup>13</sup> Macazaga, *Op. cit.*, p. 19.

hechas acerca de personajes conocidos de la vida política, intelectual y artística, entre los que se encuentran la de *Porfirio Díaz*, *José Ives Limantour*, *Bernardo Reyes*, *Justo Sierra*, o la actriz *María Conesa*.

Cabe mencionar que entre las disposiciones artísticas de José Guadalupe estuvo la de crear personajes que le permitieron alcanzar sus objetivos de crítica en contra del sistema social y político de que fue testigo, y uno de los personajes más característicos de su obra es *Don Chepito Marihuano*. El recurso de utilizar un personaje para hacer crítica tiene antecedentes en otros artistas, como en Francia con Honoré Daumier y su personaje *Robert Macaire*; otro ejemplo fue el del yucateco Gabriel Vicente Gahona, *Picheta*.

Don Chepito Marihuano, personaje imaginario que representa al mexicano, en ocasiones tiene que enfrentarse a un juez o a una banda de poderosos bandidos, en otras asume los papeles de torero, boxeador y de calavera. *Don Chepito* dignifica al pobre y al ignorante frente a las arbitrariedades del rico y del culto. Con su ingenio, se evade una y otra vez del contacto difícil con la autoridad; su forma de actuar es un no dejarse aprehender, es desconfiado y temeroso.

Existe un grabado del personaje imaginario del grabador que está íntimamente ligado con la calavera, ya que dicho personaje se encuentra rodeado de cráneos, y con el porte y gesto que lo caracterizan observa con especial atención a uno de ellos.

José Guadalupe Posada utilizó a la muerte como personaje de sus grabados, lo que le sirvió para exponer en forma gráfica a la sociedad de la época porfiriana.

En las hojas de calaveras, texto y grabado cultivan la vida en lugar de rendir pleitesía a la muerte, induciéndonos a aceptar como algo verdadero la transmutación de la muerte misma.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Justino Fernández, *El arte del siglo XIX en México*, México, Imprenta Universitaria, 1967, p. 197.

La producción monumental de miles y miles de grabados, del artista se ve sublimada en sus últimos años. Este camino se refleja en sus calaveras, que como las demás son simples osamentas al principio carentes de expresión vivaracha, pero se van convirtiendo en verdaderos personajes; las órbitas de los ojos llevan trazos que perfilan una mirada y algunas veces pestañas que dan mayor caracterización; las mandíbulas anatómicas articuladas al cráneo dan con sus pelados dientes expresiones vivaces que antes no logró artista alguno, convirtiendo así las mondas calaveras en calaveras llenas de vida.

Con ello dio un soplo de vida a los inanimados esqueletos de los panteones, convirtiéndolos en seres que actúan en el mundo de los vivos, atreviéndose a mostrar la misera e injusticia, en ocasiones como sátiras dolorosas, en otras con buen humor. Así vemos a los esqueletos bailando, cantando, montando a caballo, haciendo declaraciones de amor, asistiendo a parrandas, peleando y rebozando de alegría; utilizando la ropa adecuada para la ocasión y para la clase social a la que representaban, para así poderlas identificar: el soldado, la vieja mojugata, el señor cura, la indígena, el revolucionario, y los propios personajes tanto de la vida política como de los escenarios artísticos.<sup>15</sup>

La representación de la calavera hecha por Posada, de una u otra manera nos refleja la igualdad, ya que la única diferencia se advierte a través del ropaje.

Se afirma que los últimos grabados hechos por el artista fueron *La calavera de Francisco I. Madero* y *Calavera soldadera*, y aparecieron en noviembre de 1912. Dos meses después murió el artista.

Es importante anotar que un gran número de estudiosos del arte contemporáneo de México niegan la paternidad de José Guadalupe Posada sobre las calaveras *Huertista* y *Zapa-*

<sup>15</sup> Para mayor conocimiento del tema, véase Fondo Editorial de la Plástica, *José Guadalupe Posada, ilustrador de la vida mexicana*, México, Fondo Editorial de la Plástica, 1963, *passim*.

tista, afirmando lo siguiente: Posada no vivió los acontecimientos de febrero de 1913, el estilo no corresponde al propio del artista, ambas calaveras no representan ni a Victoriano Huerta ni a Emiliano Zapata, incluso se afirma que Manuel Manilla es el verdadero autor.<sup>16</sup>

Sin embargo, otros autores dan opiniones afirmativas en cuanto a que ambos grabados sí fueron realizados por Posada, abogando que la técnica es la misma utilizada por él y la cronología no debe ser pretexto para anularle dicha paternidad. Afirman que son de Posada puesto que Manuel Manilla falleció a fines del siglo pasado.<sup>17</sup>

En la actualidad, los grabados de Posada han servido para ilustrar portadas de libros, discos, cancioneros, hojas para celebrar el día de muertos; la obra del grabador ha tenido la particularidad de llegar y trascender al pueblo y no tan sólo a una minoría, convirtiéndose en un hecho eminentemente popular.

El mexicano, a través de su historia, ha representado a la muerte por medio de esqueletos o simplemente con la calavera; la definió con el título genérico de *calaveras*, lo que le ha servido a lo largo del tiempo para expresar en forma franca y abierta a la sociedad de su época.

En forma gráfica se pudo retener gran parte del momento histórico que les tocó vivir, haciendo de su arte un arte expresivo, con los elementos necesarios para ser comprendido por el pueblo de México; realizaron un arte popular simplemente por ser artistas sensitivos, sin perseguir compromiso político en favor de determinado régimen.

<sup>16</sup> Cf. Luis Cardoza y Aragón, *José Guadalupe Posada*, México, UNAM, 1963. Cf. José Antonio Murillo, *José Guadalupe Posada*, México, IFCM, 1963. Cf. Jaled Muyades, *La revolución vista por José Guadalupe Posada*, México, Talleres Policromía, 1969.

<sup>17</sup> Entre los autores que afirman que son de Posada véase Diego Rivera, *Las obras de José Guadalupe Posada grabador*, México, Mexican Folways, 1930. Antonio Rodríguez, "Signos y glorias de México", *Así*, México, 1943. José Clemente Orozco, "El primer estímulo", en *Siempre*.